

Elisa Ferrer

EL HOLANDÉS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ELISA FERRER
EL HOLANDÉS

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: octubre de 2023

© Elisa Ferrer Molina, 2023

La escritura de este libro se ha beneficiado de una ayuda extraordinaria con cargo al Plan de Recuperación, Resiliencia y Transformación de la Unión Europea - Next Generation EU.



Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-340-0
Depósito legal: B. 14.379-2023
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cuatro viviendas por planta, nueve plantas por cada bloque, quinientos cincuenta mil euros por cada uno de los setenta y dos apartamentos, primera línea de playa, pero no de cualquier playa: primera línea de la playa de Poniente de Benidorm, centro neurálgico vacacional de la clase media en los setenta, los ochenta, los noventa, de la colchoneta fosforita, del balón de Nivea, de la sombrilla frente al mar a las siete de la mañana —hay que pillar sitio—, de la celulitis, las barrigas prominentes, las pieles enrojecidas, rebozadas, requemadas, de la neverita con cervezas y bocadillos sudorosos, del factor 50.

El solar, ese que en realidad nunca vi, pero he analizado cientos de veces en imágenes granuladas de un programa sobre casos delictivos grabado en VHS, estaba en pendiente, era áspero, gris. Un hueco lleno de posibilidades que vio cómo su valor se incrementaba sin esfuerzo ninguno, un terreno convertido en objeto de deseo antes de que sobre él se asentaran dos edificios de mármol idénticos.

En el Benidorm de finales de los ochenta, solo quedaba un pequeño espacio sin edificar en primera línea de playa. Solo

uno, solo este, el de la tierra pedregosa, el que ni siquiera era llano. Es difícil calcular su valor, pero sin duda millones y millones de las antiguas pesetas —qué lejanas las caras de los monarcas en los billetes sobados—. Pero antes del boom turístico, de los rascacielos, Benidorm tenía apenas seis mil habitantes. En los años cincuenta —faltaban tres décadas para que yo naciera—, era un pequeño pueblo frente al mar donde se vivía de la pesca del atún de almadraba, de la agricultura. Casas bajas, playas vacías, barcas en círculo que aguantaban las redes en medio del mar tranquilo; diferencia aberrante con el *skyline* pretencioso que llena las postales de las últimas décadas del siglo xx.

Es difícil imaginar que en aquella época, poco más de cincuenta años atrás, cerca de la playa hubiera huertos de banales, plantaciones de olivos, que en los días de viento las aceitunas llenaran el mar; la retama de las dunas, la arena.

Hace setenta años ese solar no valía nada. Cuando Benidorm aún no había sufrido la mutación a urbe vertical y era un pueblo idílico: huertos, techados de teja, procesiones a la Virgen del Sufragio..., la gente que había conseguido ganar dinero alejaba su casa de la costa, se dedicaba a la agricultura. Las tierras buenas, que eran las del interior del pueblo, las más fértiles... se dejaban en herencia a los hijos listos, a los trabajadores; pero las malas, las yermas, esas que lindaban con la playa, eran para las hijas, para las mujeres, o para los hijos vagos, los que habían decepcionado, los que no merecían nada mejor, irónico pensar que fueron estos los que, al final, se hicieron ricos. Jodidamente ricos. ¿Cómo se iban a esperar esos padres de manos callosas y trabajadas que, de sus terrenos inútiles, sus tierras inermes, brotaría dinero?

¿O los agricultores que vendieron sus parcelas en primera línea de playa, que ese precio desorbitado no era más que una propina para los compradores mejor informados? Benidorm y sus dualidades. Me fascina. Como me fascina el punto de giro en su historia, su mutación rápida, extrema, su cambio de identidad.

En el pueblo donde crecí, el viento arde cuando sopla de poniente. Sacude los cultivos y si no fuera por la humedad empalagosa, cualquiera diría que está a punto de arrasarlos, de prenderles fuego. Es un pueblo incendiario porque, aunque nunca pasa nada, todo el mundo tiene una opinión sobre lo poco que sucede, una versión de los hechos. Pero esta historia no ocurre allí, en esa localidad pequeña, escondida, que le da la espalda al mar y se queda sin su parcelita de costa, allí solo se cuenta, se moldea, se magnifica, y crece, como la marea al atardecer, año tras año.

La mejor definición de mi pueblo es la que le escuché a mi abuelo una noche de verano en la que por mucho que estuviéramos en la calle repantingadas en las sillas plegables para tomar el fresco, por mucho abanico que batiéramos, el calor se podía tocar, pesaba, las gotas de sudor caían por el cuello, por la espalda, por el escote inmenso de las señoras que yo miraba sin pestañear, las de las risas descomunales, las bocas abiertas que eran abismos, los comentarios inoportunos, el chismorreo. Pueblo pequeño, infierno grande, dijo mi abuelo cuando nos dio las buenas noches al volver del bar. ¿Qué ha pasado?, preguntó la vecina, pero mi abuelo se metió en casa sin responder y la dejó con la palabra en la boca. Así que yo, a mis nueve años, pensé que lo del infierno lo decía por-

que las calles empedradas parecían estar hechas de fuego, porque el viento quemaba. Pero mi abuelo no hablaba de eso, y tardé un tiempo, más bien poco, en entender el proverbio.

Ahora, soy yo quien lo dice cuando vengo de visita: Pueblo pequeño, infierno grande, y mis amigas, que siguen viviendo aquí, piensan que exagero, que no se está tan mal, que menuda pija me he vuelto ahora que vivo en la ciudad, la de la *big city*, se ríen. Como si en la capital la gente no hablara, menuda tontería, insiste Marta, y tiene razón, como casi siempre.

Una de las últimas veces que vine, quedé con ella para tomar un café rápido, bueno, unas cervezas rápidas, en nuestro bar, que ya no era el bar de siempre porque había cambiado de dueños y de nombre un montón de veces. Aunque hacía un poco de fresco, nos sentamos en la terraza, Marta tenía un ojo puesto en su botellín cero-cero, y el otro en el parque infantil que lindaba con nuestra mesa para poder controlar a su hijo, Vicent, un niño que corría a la velocidad de la luz y ya se había partido los dos únicos dientes que le habían asomado. Marta se fijó en que miraba al pequeño como a un ser de otro planeta, corría con la cabeza y el torso hacia delante, los brazos extendidos, alas diminutas, la lengua entre los dientes, como si ignorara que la gravedad le impediría volar, y el gesto de asombro perenne de quien descubre algo en cada parpadeo, pero se sorprende lo justo entre trompazo y trompazo. ¿Dani y tú no os decidís?, me interrumpió Marta. Que los treinta y cinco ya están a la vuelta de la esquina, amiga. Yo me encogí de hombros. No lo hemos hablado aún, y me bebí la caña de un trago y pedí otra sin ni siquiera apoyar el vaso, ¿Todo bien?, preguntó, y le dije que claro, que por qué lo decía, y levanté la mano más aún para atraer al camarero,

un chico joven del pueblo, desconocido para mí, como casi todos ya.

El parque relucía con sus columpios nuevos y ese suelo acolchado para que los niños encontraran maneras más imaginativas de partirse la barbilla. Pensé en el dinero que últimamente inyectaba la Generalitat en el pueblo, en que se habían arreglado parques, y en cómo la Casa de Cultura había dejado de tener ese aspecto de edificio de La Habana que siempre me encantó, después de que arreglaran los desconchones y lo pintaran de un gris sobrio que no se correspondía con la informalidad de las funciones del colegio o la de las obras de teatro de la compañía local. Buscan atraer al turismo, me dijo Marta, que adivinó mis pensamientos. Pero si está ya petado y no tenemos ni playa, me enfadó la idea de que el pueblo dejara de ser la sombra de Benidorm para convertirse en una extensión de ella.

¡Oye, Alba! Y ese oye fue un zarandeo que me sacó de mis cavilaciones, de la imagen del pueblo pintoresco, el de las casas encaladas de apenas dos alturas, el de las mujeres sentadas en corro frente a las puertas abiertas, el del afilador los sábados por la mañana y el mercadillo de los martes, arrasado por el turismo, convertido en una peregrinación de personas que, hartas de playa, venían en busca de los encantos rurales con la nariz pelada y las chanclas con calcetines, imagen tópica que empezó a acecharme con temor. Oye, insistió Marta, ¿qué hacías el otro día tomando un café con Rafael? Y la pregunta me descolocó, me pilló por sorpresa.

Rafael, ese hombre que levantaba rumores a su paso como granos de arena en días de viento, y a su espalda cargaba historias míticas, leyendas que lo convertían a veces en héroe, a veces en villano, pero leyendas que siempre le divertían. Marta me miraba, a la espera de una respuesta que la ayudara a dejar de elucubrar. Nada, balbuceé. Quedé con él

por..., por una amiga de Madrid, inventé sobre la marcha, Tere, no la conoces, que está haciendo un doctorado sobre paisajes de costa... La influencia humana en los paisajes de costa. Evité cruzar mi mirada con la de Marta. Creo que me puse roja. O al menos la cara me ardía. Ella me miró de reojo, sin creérselo demasiado. Madre mía, ¿la gente no se harta ya de escribir sobre Benidorm? ¡Qué aburrimiento! Yo seguí a lo mío, sin escucharla. El impacto humano sobre el paisaje de costa, ¡eso! ¡Esa es su tesis!, grité, y respiré aliviada por mi capacidad inventiva, pero mi amiga me dejó con la palabra en la boca y corrió hacia el parque para evitar un desastre que en su imaginario era similar al que provocaría que las placas tectónicas bajo nuestros pies comenzaran a chocar: Vicent se había liado a golpes con un niño que le sacaba dos cabezas y él se defendía sin escatimar en fuerza bruta.

Mi amiga volvió con los pantalones, el pelo, los brazos llenos de tierra, sudada, un rastrillo partido en la mano que metió en una bolsa de rafia repleta de juguetes, a cuál más necesitado de auxilio. Se sentó frente a mí, como si no se hubiera ausentado más de cinco minutos, como si en nuestra conversación no hubiera existido una pausa, y dijo: Si escribes algo sobre Rafael, vas a triunfar, lo sabes.

Di otro trago a mi cerveza para evitar responder a boca-jarro. Esperaba que después del altercado con su pequeño delincuente hubiera olvidado el tema. A ver, y me puse seria, ¿con qué llevo años dándote la vara? Mi amiga me respondió con hartazgo, una alumna pillada en falta: Con la paranoia esa que te ha entrado de que estás fuera del audiovisual, de que ya nadie cuenta contigo, ya no sabes a qué puerta llamar, tu último proyecto no lo leyó ni el tato; que eres una *drama queen* y una cansina, y ya está. No es ninguna paranoia, Marta, ¡no me jodas! A ver, nena, vendiste una puta serie a los

veintipocos; artículo en *El País*, tu ratito de gloria en la tele y toda la mandanga. Eso es de ser demasiado crack. Sí, pero fue un fiasco absoluto, ¿o no?, la interrumpí. Desde ahí, ni en las series ni en los programas en los que estuve antes me hicieron hueco. Ni la gente con la que había trabajado, que estaba encantada conmigo, o eso decía, ni siquiera esa gente contó conmigo para formar equipo en proyectos nuevos. Nada.

Marta, a quien desde que había tenido a Vicent le había crecido esa aura de madre cuidadora que también había florecido en algunas de mis amigas con descendencia, me dijo que esa serie no había sido un fiasco por culpa mía, que la culpa fue del productor petardo que no la supo promocionar y que el proyecto en el que me metí después con el chaval mafiosillo, ese que se montó una productora, tampoco ayudó, pero si llamaba a las puertas correctas con la historia de Rafael, estaba segura de que se iban a abrir. Y con alfombra roja y todo, puntualizó.

Con lo del proyecto en el que me metí después con el productor mafioso tenía razón. Era una serie que se iba a rodar en Ciudad de la Luz y la producía Rodri, un niño pijo, con dinero a espuestas que, a pesar de ir de vegano, vestir con Converse, pantalones de pitillo y fumar tabaco de liar, a pesar de lamentarse por la violencia que provocaba la cocaína en Colombia, sin su tirito del día no era persona, y llevaba dentro al productor de cine de entrecot, puro y copazo Soberano de toda la vida. Un chaval de mi edad que me prometió una pasta por desarrollar su idea de serie, una locura que mezclaba el *Quijote* con zombis, de la que conseguí sacar algo decente, que me quitó años de vida, casi diez kilos, y provocó que un eccema creciera por mi brazo, por mi torso, y todo para nada. Después de casi dos años de trabajo, los más de trescientos mil metros cuadrados de Ciudad de la

Luz se convirtieron en un plató fantasma, y la productora de Rodri también cerró, y lo hizo de un día para otro, sin avisar. Su teléfono dejó de estar operativo y él desapareció sin pagarme los últimos cinco meses, debiéndome dinero no solo a mí, sino a más de media profesión.

A ver, Marta, aunque quisiera escribir una serie sobre Rafael, no sabría a qué productora llevarla y acabaría por guardarla en el cajón, y ya no tengo ni energía, ni ganas, le respondí. ¡Y lo digo en serio!, rematé con toda la gravedad posible para dar por zanjado el tema. Pero ella no me hizo ni puñetero caso. Yo traté de cortarla, de cambiar de tema, hablarle de lo guapo que estaba su hijo Vicent, del estirón que había pegado, mientras miraba, con espanto, cómo agarraba un palo y trataba de clavárselo al otro niño en la nariz.

Pero a mí, la historia que más me impactó es la del ataúd, siguió Marta erre que erre, ¿te acuerdas de la del ataúd? Y dije que no, los ojos clavados en Vicent, a ver si Marta cortaba su interrogatorio, a ver si cambiábamos de tema, aunque sabía perfectamente a qué se refería. Sí, tía, que su suegra falleció en Utrecht cuando Rafael y su familia aún vivían allí juntos, ¿no te acuerdas? Desde que la conocía, desde siempre, si Marta agarraba un tema era incapaz de soltarlo. Dijeron que el ataúd venía llenito de dinero, de arriba abajo. ¿Qué ataúd, Marta? El de la suegra, tía, ¡el de la suegra! Que vino la mujer de Rafael y llevaba a su madre de cuerpo presente en la bodega del avión, metida en una caja llenita de dinero. Sí, claro, traté de cortarla, y pasó todos los controles de seguridad, ¿no? Ni de coña, vamos. Es que tenéis unas cosas. Marta se encogió de hombros. No sé, eran los noventa, antes del 11-S volar era otro rollo. ¿Y lo de que trató de comprar un contenedor de zapatos de una marca supercara por cuatro duros, y llegó con todos los zapatos del pie izquierdo? Tenía un soplo de que en un mes llegarían los del pie derecho. Ay, tía,

eso está sacado de una novela del boom latinoamericano seguro. Te lo digo en serio. Son todo mentiras. ¿O dime si el ataúd lleno de dinero en la bodega del avión no es una de las imágenes más cinematográficas que has visto en tu vida? Suena a Scorsese.

El camarero me trajo otra caña, y ella le pidió otra cerocero, aunque aún le quedaba más de la mitad porque no había parado de hablar mientras yo me había zampado la bolsa de patatas fritas entera. Igual tenía razón mi madre y andaba un poco ansiosa, No se puede tener más nervio en un cuerpo tan pequeño, hija mía.

La cosa, insistió Marta, a pesar de que notó que yo había dado por cerrado el tema, es que si escribes una serie sobre Rafael, y serías tontísima si no lo hicieras, será un auténtico bombazo.

Pueblo pequeño, infierno grande, donde las historias crecen, se reproducen y algunas, por míticas, difícilmente mueren.